

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ACTUALIDADES



Grandes festejos organizados por las ranas para demostrar su agradecimiento á Jove, por haberles concedido un invierno de los que entran pocos en libra.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mal-humoradas, por José Estremera.—Intragantil, por Juan Pérez Zúñiga.—Escritores y Artistas, por Antonio Peña y Goñi.—Juan Robinson, por Ricardo J. Catarinen.—Volubilidad, por Salsis Delgado.—Remedios caseros, por Francisco Floris García.—Chismes y mentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Actualidades.—San José bendito.—Anuncios, por Cilla.



Pérez Galdós, el insigne novelista, ha obtenido en la Comedia un éxito brillante. El público, entusiasmado, le ha hecho una manifestación ruidosa, y cien voces decían en los pasillos:

—¡Va tenemos un dramaturgo más!

Esto ha despertado risueñas esperanzas en la mente de otros novelistas, que quieren también llevar al proscenio los productos de su imaginación, más ó menos calenturienta.

Pero el teatro «es pérfido como la onda», y perdónenme los lectores este rasgo de erudición barata. Muchos que hasta ahora disfrutaban de la impunidad escribiendo novelas, sufrirán mañana, en pleno escenario, el condigno castigo del público: porque una cosa es vender un librito para que lo lea en su casa un padre de familia honrado, y otra cosa es congregar á muchos padres de familia en un coliseo y obligarles á que oigan, por boca de los actores, los frutos de nuestra inteligencia.

Nadie, después de leer una obra mala, ha ido á buscar al poeta para darle dos puñetazos; pero en cambio son muchos los que han visto representar una comedia mediocre y estuvieron á punto de subir al escenario para estrangular al autor junto á la primera caja de bastidores.

¡Ay! Una dolorosa experiencia me obliga á decir que el teatro «es pérfido».

Yo me he pasado la vida haciendo artículos malos, y aún no ha venido nadie á casa á pedirme cuentas de mi conducta; pero colaboré en una comedia que se estrenó en el teatro de este nombre, con el título de *Antonina de Padua*... y si no salgo pronto del teatro, me dejan en el sitio.

No basta que á los actores les gusté mucho la obra y le animen á uno diciéndole:

—No tenga usted cuidado. Esto es canela fina. Va usted á tener un éxito verdad.

También me lo dijeron á mí, y á mi querido colaborador, los cómicos de la Comedia, y después...

—¡Hombre! ¿Por qué no escribe usted para el teatro?—me decían muchas personas.

Y yo, como es natural, comencé á pensar en el asunto, porque siempre halaga eso de cobrar buenos trimestres. Un día me decidí á escribir una pieza, y al público no le pareció mal del todo; después hice otra en colaboración, y también se la tragaron los *morosos*; más tarde me puse de acuerdo con un amigo y juntos compusimos un juguete cómico en dos actos, que el país aplaudió no sin ciertas reservas mentales: hasta que por último mi amigo y yo caímos en el Teatro de la Comedia con la precitada *Antonina* que Dios confunda.

¡Y como les gustaba á los cómicos cuando se la leímos!

—¡Cuidado si tiene gracia!—me decía el primer actor, tirándome de los pelos del cogote en prueba de admiración y afecto.

—¡Ah, granuja!—añadía otro actor cariñosamente, apesadumbrado me la punta de la nariz con el pulgar y el índice de su mano derecha.—Esto es escribir con salero.

Yo estaba emocionadísimo y hubiera besado á todos los presentes, incluyendo á la dama joven, que era por cierto preciosa.

Á los pocos días la obra se ponía en ensayo y los actores no cesaban de decir, apoyándose las manos en las caderas:

—¡Jesús! ¿Qué gracia tiene esto!

Los amigos deseaban conocer la comedia, antes de que la juzgase el público, y acudieron á uno de los ensayos, resueltos á decirnos su opinión sinceramente.

—¿Qué tal?—les preguntaba yo con cierta vanidad de padre satisfecho.

—¡Superior!—me respondía alguno.—En esta escena os llaman cinco ó seis veces.

—¡Dios lo haga!

—Podéis estar tranquilos. ¿Quieres quinientos duros por la comedia?

—No, muchas gracias; rechazo los bienes mundanales.

—Pues, nada, si me la queréis vender, yo os la compro.

Confieso que en todo el tiempo que duraron los ensayos era yo feliz completamente. Me acostaba y no podía conciliar el sueño; quería beber el agua de prisa y me faltaba la respiración; cuando me encontraba á alguno en la calle que me dirigía miradas indiferentes, tenía que hacer un esfuerzo para no decirle:

—Míreme usted bien; yo soy uno de los autores de *Antonina*, esa joya que están ensayando en la Comedia...

—Cuán breves fueron mis venturas! Llegó la noche del estreno y los empleados todos del teatro me miraban con cierta veneración halagadora. Recuerdo que quise encender un pitillo, antes de alzarse el telón, y cien fósforos se presentaron ante mi vista, sostenidos por otros tantos dedos pertenecientes á celadores, asistentes y tramoyistas. El traspunte se empeñó en cortarme un flequillo que sobresalía de uno de mis deshinchados puños.

—Déjelo usted—decía yo.

—No está bien que lleve usted eso así, en una noche como ésta.

El primer acto de la obra fué escuchado con marcadas muestras de regocijo, y mi amigo y yo comenzamos á recibir parabienes cariñosos. Uno venía y nos daba abrazos, otro nos estrechaba contra su corazón en silencio. Un tío mío, que había venido de provincias á conocer personalmente á Becerra, y después morir, no pudo contenerse y me besó en las mejillas delante de todo el mundo.

Pero el segundo acto gustó menos que el anterior, y cuando llegó el tercero, ya estaba el público aburrido y deseando «armar bronca». Aquellos tramoyistas cariñosos, aquellos asistentes complacientes que me habían ofrecido cerillas, momentos antes, comenzaron á dirigirme miradas de desdén, y acabaron por despreciarme profundamente. Uno de éstos, que trasladaba una cómoda de un sitio al otro del escenario, me la echó encima sin consideraciones de ningún género, y al quejarme yo tímidamente me dijo con malos modos:

—¡Fuera del paso! ¡Y no estorbar!

El telón bajó en medio del disgusto del auditorio y yo eché á correr hasta la plaza de Santa Ana, seguido de mi colaborador. Allí nos abrazamos en silencio y ni aun teníamos valor para consolarnos recíprocamente. Lo único que hicimos fué meternos en un café solitario y pedir que nos sirviesen tlla con mucha agua de azahar.

—¿Has visto?—me atreví á decir á mi colaborador.

—¿Qué le hemos de hacer?—contestó el infeliz.

—Y los cómicos decían que la obra era excelente.

—¡Infames!

Ocho días estuvimos sin salir de casa, y la primera vez que volví á pisar la calle, creía que todos los transeúntes me miraban con enojo y decían al verme:

—Ese que va por ahí es uno de los autores de *Antonina*; ¡Le voy á matar!

Y no me atrevía á alzar los ojos delante de nadie, ni osaba emitir mis opiniones en público, ni á regañarle á la criada, temiendo que me dijese:

—¡Quite usted de ahí, autorcillo de tres al cuarto! Valiera más que en vez de reírme escribiera usted mejores comedias.

Han pasado algunos años y aún siento que el rubor coloree mis mejillas, cuando recuerdo aquella catástrofe.

Por eso digo que el teatro es pérfido.

Y ahora los malos novelistas pueden hacer lo que gusten, y si les silban, que no se quejen.

LUIS TABOADA.

MAL-HUMORADAS

I
Creo—y ya ves si con razón me quejo—
que estoy por el destino condenado
á vivir siempre hastiado
y á morir despues... pero ¿de viejo!

II
Todo el tiempo lo cambia á maravilla:
mira si hoy vivirá desprevendo,
que, cuando oigo sonar la campanilla,
no pregunto jamás quién ha venido.

III
Estoy hecho un solemne mentecato:
al descontento aterrador me entrego;
mi vida viene á ser la de mi gato:
bostezar y dormirme junto al fuego.

IV
Tengo yo una vecina
dotada de belleza peregrina,
y en más de una ocasión la he sorprendido
mirándome al descuido...
¡Eh mandado poner una cortina
para que no me mire mi vecinal!

V
Á veces, maldiciendo mi torpeza,
hacia la cumbre caminar intento;
pero de un pie me tira el desaliento,
y del otro me tira la pereza.

VI
Sí, Luz, todas tus cartas las recibo
y las tengo guardadas, muy guardadas...
pero, si no te escribo,
es porque todavía están cerradas.

VII
¡Hoy lo mismo que ayer! ¡Es horrorosa!
La esperanza de cambio es cosa vana;
que para mí «mañana»
es «hoy», que se prolonga perezoso.

—♦♦♦♦♦—
JOSÉ ESTREMERÁ.

¡INFRAGANTI!

I
—Marido, á comprar un ave
me voy con la cocinera.
Si sales, cierra con llave
la puerta de la escalera.
Y como hemos de tardar,
llevate la llave tú.
—Sí; me tengo que llegar
á casa de Pepé lina
en cuanto escriba una cosa,
—¿hará frío?

—No lo sé.
—Adiós, Juan.
—Adiós, esposa.

Cuesta poco.
—Así la haré.
¡Salieron Rosa y la Blasa
y enseguida Juan salió,
dejando sola su casa,
según la portera río,
cosa rara en la portera,
porque aunque es mujer que vale,
muchas veces no se entera
de quién entra ni quién sale.

II
Cesó la luz bienhechora
del sol. Comenzó á apretar
el frío. Á la media hora
de salir Juan de su hogar,
se hallaban en confusión
los vecinos de la casa.
¡Eh ella había un ladrón
con las manos en la masa!
La portera, aun cuando esuerta,
bajaba de su guardilla,
y al pasar junto á la puerta
de Juan, vió una lucecilla
dentro de la habitación:
aplicó á la cerradura
una oreja, y con razón
fue en momento su pevara,
pues notó que dentro estaba
en hocobre, un monstruo querido,
que hombre, que respiraba...

como todos los demás!
La mujer, naturalmente,
llamó á todo el vecindario
y á dos guardias y más gente,
con un miedo extraordinario.
Salen todos los vecinos:
sable en mano la pareja,
prorrumpiendo en discursos
y guardando la pelleja,
queda apostada al momento,
y á través de una ventana
re que en aquel aposento
hay una persona humana
que, sin andarse en chiquitas,
abre un armario de luna
y las prendas mejorecitas
va sacando una por una.
Cuando en la gente el cangeló,
baja y sube todo el mundo
desde el cuarto al entresuelo,
desde el bajo hasta el segundo;
entran, salen, vociferan,
miran á la habitación
en que está el caco, y ponderan
el cinismo del ladrón.

Cuando los guardias intentan
echar al ladrón de casa,
de improviso se presentan
en el portal Rosa y Blasa,
que antes de lo que creían
su comisión despacharon,
y que á su tasa rolyan
con el ave que compraron.
Les enteran de la cosa,
y temiendo un gran desastro,
le dá un patadís á Rosa
y Blasa cae sobre un mozo.
Sabe la gente en tropel,
la cerradura violenta
del cuarto, y entran en él
la señora y la arrodada,
y al pisar la habitación
tras el guardia valeroso
que iba á efectuar la prisión
de aquel hombre misterioso,

¡se encuentran Rosa y la Blasa que había vuelto á su casa
que aquel hombre era don Juan, para coger el gabán!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ESCRITORES Y ARTISTAS

II
Aunque tengo la honra de ser socio fundador de la Asociación
de Escritores y Artistas españoles, no me ha mezclado jamás
de un modo visible en sus asuntos.

He pagado religiosamente mis cuotas, he votado muchas ve-
ces, como en un barbecho, en la Junta general para elección de
la directiva, he pedido algunos billetes de señora para el baile
del Teatro Real, concedidos siempre con amabilidad que agrade-
zco sinceramente, y aquí paz y despues gloria; á eso se ha
reducido mi intervención en la vida de Nuestra Santa Madre
Artística y Literaria. Clavel, 2, teléfono no sé cuántos.

Por ignorarlo todo, ignoro hasta el reglamento por el cual se
rige la Asociación; pero el sentido común me dice que se fundó
para el mejoramiento de los escritores y artistas, para amparar-
nos, para hacer fructíferos nuestros esfuerzos, para defender
nuestros intereses, para propagar y dar valor á nuestros tra-
bajos.

Diez y siete años hace que funciona la Sociedad, y, durante ese
tiempo, no ha hecho sino constituirse en limosnara mayor del
gremio y enterradora de cadáveres conspicios.

No se me habla del Centenario de Calderón, ni de los Congre-
sos literarios, de los cuales dijo con mucha gracia Abraham
Dreyfus que servían tan sólo para que el difunto Uibach y
Lermína diesen la vuelta al mundo en ochenta Congresos; ni de
los homenajes y otros espectáculos que producen siempre gas-
tos de representación social.

La obra de la Asociación ha consistido, hasta ahora, en distri-
buir limosnas y llevar una corona á los entierros (1).

¿Quejarme yo de eso? ¡Líbreme Dios! Me parece muy bien, y
parecerá seguramente lo mismo á todos los socios, que se acuda
al alivio de los desdichados á quienes la vida de las letras con-
dena á morir de hambre.

Doy de barato, sin violencia alguna, libre de toda aviesa in-
tención, que los socorros se reparten equitativamente, sin que
la sombra de un abuso empañe la conducta de la Sociedad.

Voy más lejos: hago tabla rasa de cualquiera abuso de que
los repartos pudieran adolecer, porque bien se me alcanza que
la perspicacia del hombre es impotente contra todas las argucias
de la miseria ó de la necesidad.

Quede, pues, sentado que mi confianza en la Junta directiva
es absoluta por tal concepto, y que no hay, no puede haber en
estas líneas censura alguna contra la parte financiera de la Aso-
ciación: 1.º, porque no entiendo una palabra de eso, y 2.º, porque
mi objeto se aleja, por ahora, de toda antipática cuestión de gua-
rismos.

Entiendo yo que el mal está en otra parte, está en que la Aso-
ciación de Escritores y Artistas españoles no es, no representa,
al cabo de diez y siete años, una fuerza en el organismo artístico
y literario de la nación.

Fuerza es movimiento, vida, eficacia, acción, y estimo que no
es ir demasiado lejos creer que, para que esa acción resulte
fructuosa tratándose de escritores, la Sociedad debe de ser, ante
todo, tutora y curadora nuestra, defensora acérrima de nuestros
derechos, propagadora entusiasta de nuestros trabajos, admini-
stradora de nuestros intereses, que son, al fin y á la postre, los
suyos; madre cariñosa, en fin, que nos estimule con su amor,
nos sostenga con su celo, mantenga vivos en nosotros la fe y el
entusiasmo que tanta falta nos hacen en la espinosa carrera á
que dedicamos nuestra actividad.

Santo y bueno que socorra á los pobres, es decir, que nos so-
corra á todos; pero más santo y más bueno aún que procure por
todos los medios imaginables cerrar el paso á la miseria.

Derramar lágrimas sobre la pobreza, consolarla, es bello; evi-
tarla sería sublime. La Sociedad tiene médicos para el cuerpo;
es preciso que ella se constituya en médico del alma.

Y hasta ahora ha descuidado las heridas del alma para cante-
rizar las llagas del cuerpo, ha abandonado el todo para dedicarse
á la parte, y, lo que es peor, se ha hecho vieja prematadamente,
se ha retirado á su casa, se ha metido en un rincón, llegando á
constituir no una Sociedad, sino un nombre, no una entidad im-
portante, sino una reducida colectividad.

Esto no lo digo yo, lo dicen todos por ahí, pasa como moneda
corriente.

La opinión general es que algunos individuos, poquísimos en
número, de la Asociación de Escritores y Artistas españoles
absorben á la Sociedad, la acaparan, monopolizan su vida y sus
actos, nombran á su capricho las Juntas directivas, en medio de
una culpable indiferencia general.

La sesión del 31 de Enero—añaden—es un juego de ajedrez

1) Mi amado y querido amigo D. Federico Balart leyó el otro día un
artículo publicado en la veñita que delicia el Arcaño el pobre Velarde. En ese
artículo, las ideas del empujante crítico y poeta solían en un todo con las
que yo expongo en el artículo anterior. Véase este artículo.
—En la vida es una prosa de la vida, nuestras asociaciones deben reducirse á
verdaderas empresas benéficas, donde van los amigos que se ayudan en cate-
dras como limos y vengas.

SAN JOSÉ BENDITO



—19 de Marzo. Vaya, no hay más remedio que cumplir con todos los Pepes y Pepas de la familia.



—Vamos a ver, ¿tú tienes buena memoria?



—Pues atiende. Este caballo de cartón para mi sobrino Pepito, Fuencarral, 9.



—Esta capota para mi hermana Josefa, Atocha, 57.



—Este sonajero para Pepín, el hijo de mi primo Rafael, Colmillo, 42.



—Esta petaca para mi tío José, Cedaceros, 28.



—Este monóculo para mi cuñada Pepita, Ferraz, 85.



—Y este par de zapatos para mi ahijado, el chico de la carbonera, Mesón de Paredes, 51. ¿Estás enterado?



—Pues señor, se me va a caer algo. Lo mejor será tomar un coche por horas, y ya lo pagaré con lo que saque de propinas.



—¡Caramba! El caso es que se me va a olvidar alguno.



—Voy a apuntarlo y así hago el reparto tranquilamente.



—¿Has hecho todos los encargos?
—Sí señor, todos, y se han reído de la ocurrencia.



Porque es de advertir que la petaca fue a parar en manos de doña Josefa.



El sonajero a las de don José, comandante de caballería.



El caballo de cartón a la cuñada Pepita.



La capota al sobrino Pepito.



Los zapatos al hijo del primo Rafael.



Y el monóculo al chico de la carbonera.

en el cual se cambian algunos alfileres y quedan siempre en sus puestos el rey, la reina, las torres.

¿Por qué se elige siempre á los mismos individuos? ¿Por qué se muestra triunfante todos los años la razón social Fulano y compañía? Si la inamovilidad de ciertos socios en la Junta directiva persiste, en detrimento de la Sociedad, ¿porqué no pone ésta el remedio, destruyendo esa inamovilidad nociva?

Esto preguntarán los aludidos y será difícil darles satisfactoria contestación. El argumento no tiene vuelta de hoja. Si un enfermo se muere por no llamar al doctor, la culpa es de aquél y no de éste.

Apelemos á la metáfora. La Sociedad de Escritores y Artistas españoles padece una cefalalgia, está atontada, inútil, bajo el influjo del dolor de cabeza.

Quando caput dolet cetera membra dolent; no hay que pedirle, por lo tanto, actividad, manifestación de funciones, condiciones de vida.

Lo que hay que hacer es buscar en la terapéutica artística y literaria un remedio para el mal.

Quien crea que voy á proponer la decapitación para curar ese dolor de cabeza, se equivoca de medio á medio.

No; quiero separar el asunto del odioso terreno de las personas. Entre lo que dicen por ahí y lo que yo pienso hay grandísima diferencia, y sorprenderé probablemente á muchos declarando que, víctima constante de la calumnia, he aprendido hace tiempo á medir las calumnias que persiguen al prójimo por el mismo rasero con que mido las que se lanzan contra mí.

Esto sentido, daré fin en el número próximo á mi trabajo, indicando los medios que creo conducentes á la rehabilitación de la Asociación de Escritores y Artistas españoles.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

JUAN ROBINSON

LEONA
Belleza, fuerza y audacia

Juan Robinson, cansado del destino
y de la vil humanidad cansado,
tomó, como su homónimo, el camino
de habitar un país inhabitado.

Y en el desierto Robinson vivía
tan desdichadamente,
que, apesar de estar solo, se aburría...
como si hubiera gente.

Aparecióse el Genio del hastío
á Robinson, y preguntó: — ¡Hijo mío!
¿quieres salir del mundo?

Contestó Robinson un profundo,
y el Genio entonces, remontando el vuelo,
se llevó á Robinson á *correr cielo*.

II

Fueron á Venus, mundo de placeres,
donde hay flores más bellas que las rosas,
donde parecen las mujeres diosas,
y viven las mujeres

eternamente jóvenes y hermosas;
cada beso de amor dura ocho días,
y una porción de meses las orgías;
como nuestros palacios son las chozas,
y los *juerguistas* y las buenas mozas
tienen allí, para endulzar sus males,
ciento veinte pecados capitales.

Mas ¡ay! el pobre Robinson al cabo
de nuevos goces se sintió sediento.
de nuevas ansiedades se vió esclavo
y volvió á su tenaz aburrimiento!

— ¡Vámonos con la música á otra parte!
le dijo el Genio, y le condujo á Marte,
mansión del heroísmo y de la guerra,
pues todos luchan en aquella tierra,
y están á batallar tan avezados
que de Napoleón los coraceros
son soldados de plomo, comparados
con aquellos guerreros...

El pobre Robinson se aburría en Marte
como en ninguna parte:

y, para hallar felicidad completa,
le llevó el Genio á Júpiter, planeta
poblado por los sabios y los buenos,
y afonde acuden con empeño loco
sabios de todos los planetas (menos
los de la Tierra, porque saben poco).

¡Y era el tedio de Juan tan insano,
que no encontró consuelo,
ni viendo cuatro lunas en el cielo,
ni sabiendo el por qué de lo infinito!

Y el pobre Robinson volvió á la Tierra,
donde murió, consigo mismo en guerra.

III

De Robinson ante el calléver frío,

así le dijo el Genio del hastío:

— ¡Juan Robinson! ¡Al fin serás dichoso!

Y, describiendo un círculo en el viento,

huyó después, cruzando presuroso,

de mundo en mundo, el vasto firmamento.

RICARDO J. CATARINEU.

VOLUBILIDAD

Este carácter
es un martirio.
Me gustan mucho
los pies chiquitos,
los ojos negros,
los blondos rizos,
los cuellos blancos,
los talles lindos,
¡cuanto en las hembras
tiene atractivos,
reales ó falsos,
grandes ó chicos!
Pero me gustan
todos lo mismo,
sin preferencias
y sin distingos.
Por eso nunca
me han consumido
pasiones grandes
ni amores hijos.
Aquí miradas,
allí suspiros,
acá un abrazo
y allá un pellizco,
todo en el aire,
ligero, vivo,
con mucho fuego,
sin gran cariño,
caricias breves,
piropos frívolos,

mucho amor, ¡mucho!...
muy repartido.
Aquí á la Pepa
«dulce bien mío»,
y allí á la Jaana
«pimpollo rico».
¡Deseos nunca
bien definidos!
¡Placer que acaba
por ser suplicio!
Tú, que eres bueno,
dame ¡oh Cupido!
loco entusiasmo,
pasión, delirio,
terribles ansias,
celos malditos,
¡algo que llegue
más á lo vivo!
Ya que tan pronto
me destornillo,
dame un empleo
constante y fijo,
y en vez de chispas
de escaso brillo,
venga un incendio
que dure un siglo.
Porque con este
trabajo continuo
no hay sueño dulce...
¡ni hogar tranquilo!

SINESIO DELGADO.

REMEDIOS CASEROS

Así como hay sujetos á quienes no puede usted sorprender con ninguna novedad, porque todo lo saben, todo les ha ocurrido y tienen de todo lo que usted tenga, los hay también con conocimientos vastísimos en la ciencia de curar, y para los cuales sujetos no hay dolencia desconocida ni enfermedad incurable.

Los famosos *apóstoles*, tan encarnizadamente perseguidos por la autoridad de ambos *seros* (la gubernativa y la judicial), se quedan tamañitos al lado de estos no menos famosos empiricos que encuentra usted, á cada paso, en todas partes.

Algunos de los remedios *indicados* por esos salvadores de la humanidad le salen al paciente por una friolera.

Por ejemplo, para combatir con éxito, hasta vencerle, el dolor de muelas, no hay cosa como cortarse las uñas los viernes, entre diez y once de la mañana.

— Eso es mano de santo y se quita el dolor como con la mano — dice muy convencido el curandero.

— Como con las tijeras — debería decir, suponiendo que tan extravagante remedio tuviera la eficacia que su dueño pregona.

D.^a Micaela Cifuentes, viuda de un mariscal del ejército (vulgo veterinario), sostiene á capa y espada, con tesón heroico, que la jaqueca se alivia, y aun se cura radicalmente, rascándole al *jaquecoso* las plantas de los pies.

El *rescador* ha de ser del género masculino y no puede pasar — si ha de producir el efecto apetecido — de los catorce años.

En este caso sí que podría decirse:

— Se quita como con la mano.

Pero D.^a Micaela se limita á decir:

— Yo lo he visto con mi propio ojo, y el resultado es positivo.

Aunque el *hipo* no tiene la honra de figurar entre las enfermedades más ó menos leves, es al fin una pequeña molestia para la cual tienen infinidad de remedios los infinitos *medicos* de afición que pueblan la tierra.

Hay quien cree, y lo dice muy formalmente, que el *hipo* se quita rezando una parte de rosario: quien afirma que haciéndose una cruz en la frente (y hay quien se hace cruces al oír tal cosa), y hasta hay quien indica, como remedio infalible, divertir el pensamiento hacia determinadas escenas de imposible descripción...

Y menos malos esos curanderos en su *laboratorio* está en su propia imaginación y se surten de la ignorancia ó de la superstición, ó de ambas cosas juntas.

Esos, después de todo, no producen daño,

«no matan ni sanan,
ni pinchan ni cortan.»

Pero los hay que penetran de llano en el campo de la *ajopatía* digámoslo así, y se atracan á *recetar* (y á *propinar*, un golpe de

sanguíneas, una sangría, una cataplasma, una purga, etc., etc. Durante muchos años ha estado en boga un *breaje* infernal que llamaban *la ruda*, y que, según mis noticias, ha estropeado muchos estómagos y ha causado no pocas víctimas.

La ruda (de una rudeza primitiva) sólo se propinaba en casos extremos.

Cuando alguien decía, por ejemplo, «Fulano está *desahuciado* de los médicos, no le cura nada ni con nada encuentra alivio», preguntaba enseguida el empírico de *tanda*, allí presente:

—Ha tomado *la ruda*?

—No lo sé, pero creo que no.

—Pues debe tomarla. Y con *la ruda*, ya se sabe, ó se muere ó se pone bueno en tres días.

Por regla general sucedía lo primero; pero á la familia le quedaba el consuelo de haber puesto de su parte cuanto era posible para llegar á tan *expeditivo* resultado.

La ruda (la *rudá*, como decía la capitana del tercero) producía una verdadera *revolución* en el organismo, y se aplicaba indistintamente, por sus fantásticos partidarios, á toda clase de enfermedades.

Cuando por casualidad, ó por milagro de Dios, sobrevivía un paciente á la tremenda prueba, *la ruda* adquiría un prestigio desolador que se *traducía* en nuevas é incontables víctimas.

Alguna vez tuvo la autoridad que tomar cartas en el asunto; pero los castigos y las persecuciones sólo sirvieron para animar y enardecer á los *apóstoles* de tan *sana* doctrina.

El prototipo de la clase es D. Ildegundo Arenillas, un señor histórico y *fossilizado*, que está en la Deuda, en clase de *consorte* de *mania*, desde el año 40.

Y es lo que él dice:

—Que no me hablen de los médicos, esos asesinos irresponsables, azote de la humanidad y acaparadores de la nómina en cuanto se constipa ligeramente cualquier ciudadano pacífico y cándido y comete la torpeza incalificable de ponerse en sus manos. ¡En buenas manos está el panderol!... Que no me hablen, repito, de esos asesinos. En casa no entra ninguno: yo me basto y me sobro.

Efectivamente, en casa de D. Ildegundo no asesina nadie más que él, y por eso tiene razón al de ir que él se basta y se sobra.

La señora de Arenillas, verdadera joya arqueológica de *valor* inestimable, ha perdido ya el uso de la palabra, á consecuencia (y gracias) de los ensayos *clínicos* de su apreciable marido.

D. Segismunda padeció, bajo el poder de su competente esposo, unas anginas de carácter maligno.

El no se achicó por eso, y mandó á Segismunda hacer gárgaras de espíritu de vino. Las anginas desaparecieron, juntamente con la campanilla; doble y maravilloso resultado que satisfizo por completo al *empírico*, toda vez que la señora hablaba demasado (antes de las anginas), y la abundancia de palabras no era la enfermedad menos grave de la señora en cuestión.

La hija mayor de este dichoso matrimonio (Edelmira) había perdido el estómago por virtud de unos purgantes que, para hacer menos laboriosas sus digestiones, le había atizado el autor de sus días... y de sus *medicamentos*, autor originalísimo y de grandes *atrevimientos naturalistas*.

Cuanto al *Benjamín* de la casa (que también se llamaba Benjamín), todo le entraba por el ojo derecho. El izquierdo lo había perdido mediante el uso de un *colirio*, invención de papá, examinada (la invención) á disipar una ligera nubecilla que *decoraba* la siniestra pupila de Benjamín.

D. Ildegundo era lógico, después de todo.

—Predicaba con el ejemplo, y en sus ideas morales y filosóficas entraba aquello de que da familia es un mito.

—Si acabo con ella (decía para su capote), habré acabado con la nada. Cero igual á cero. Total: nada.

Los curanderos que no tienen familia propia son mucho más *enfadados* que D. Ildegundo, en el terreno filosófico-moral.

Y en todos los terrenos.

Quiéren acabar con la familia universal. Para ese resultado no necesitan más que tiempo y miembros. Dónde dice miembros pongamos ignorancia.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

CHISMES Y CUENTOS

¿Han visto ustedes la *compaña* infantil que actúa en la Zarzuela?

¿Verdad que ya quisieran muchos cómicos grandes cantar como cantan aquellas criaturas? Entre todas ellas se distinguen las niñas Rames, Casco y Puyo, y los niños Valdivieso, Pastor, Palop y Lián.

Kira Bernabé es una lindísima tiple de cinco años, que obtiene una oración todas las noches. Su hermana Juanita, de ocho años, baila y canta deliciosamente.

En fin, la *compaña* de niños ha tenido á demostrar que no se ha acabado la semilla de los artistas españoles, y que hay actor *grande* que gana *cinco* duros... y no tale dos pesetas.

Leo:

«La comisión ó junta general del Centenario de Colón no ha tomado acuerdos sobre festejos porque no es éste su fin ni su propósito... etc.»

Bueno, ¿guste usted lo que se me figura?

Que vamos á hacer una planta, porque como no tenemos dinero...

La Correspondencia, segunda plana, primera columna: «Hoy se desmentían los rumores circulados ayer suponiendo que era el estado de salud del Sr. Ruiz Zorrilla.»

La Correspondencia, la misma plana, sexta columna: «Dice anoche un periódico que con referencias á telegramas particulares, recibidos en Madrid, ha circulado el rumor de que se encontraba enfermo de algún cuidado en París el Sr. Ruiz Zorrilla.»

¡Caramba! Podría pasar que se rectificase una noticia después de darla, pero ¡Dios mío! ¡vive!

Para el amor, hija mía,
las pecadoras prefiero,
porque con las virtuosas
maldito si me divierto.

Hasta ahora no me he enterado de una cosa importante de que se publica un periódico titulado *El Mísero*, órgano ó cosa así de la ruleta de Monte Carlo.

Y admite suscripciones y todo.

Anímense, puntos.

Con motivo del estreno de *Revelados*, primer drama de Galois, se han leído rosas peregrinas en los periódicos.

Y es que la obra, como era de esperar, le viene un poco grande á la generalidad de los revisores de teatros.

Digo, me parece.

Libros:

Muestras, colección de artículos y composiciones festivas de nuestro colaborador D. Cayetano Triviño, que ha tenido la bondad, que le agradecemos sinceramente, de dedicar el libro á nuestro director. Precio, 2 pesetas.

Grupos de arena, colección de poemas del distinguido literato D. José María de la Torre, con un prólogo de D. Alfonso Pérez Nieva. Precio, 2,50 pesetas.

Luz, novela interesante y correctamente escrita por D. Luis del Val, que ha acreditado suficientemente su ingenio en distintas publicaciones periódicas y que demuestra excelentes condiciones de novelista. Precio, 1,50 pesetas.

Un caso de lo ignoto, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Luis Cocat y D. Heliodoro Criado, estrenado con gran éxito en el Teatro de la Princesa.

Hemos recibido la octava edición de la *Guía comercial de Madrid*, muy bien corregida y considerablemente aumentada, de la casa editorial Bailly-Baillière é Hijos, que con tanto acierto publica todos los años. La felicitamos por la nueva edición de esta *Guía*, pues estas obras son la *chirre* del desarrollo del comercio y de la industria. Sin ellas es imposible efectuar la propaganda, y de consiguiente el aumento de negocios, con el cual viene el acrecimiento de la riqueza nacional. Esta *Guía* es indispensable á todos los *establecimientos públicos, oficinas, casinos*, etc., pues con ella al momento se *hablaba* de todos los habitantes por calles, por apellidos, etc. Las personas que deseen verla, sólo con su aviso, la casa editorial la pondrá á su disposición para que reconozcan su verdadera utilidad.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. V.—Barcelona.—Un pequeño vulgar. Mal hecho del todo no está, ¿eso no?

Molina.—¡Por la Virgen del Carme! Heya usted de las asonancias y de los versos forrados como del fuego mismo.

A. A. A.—No versifica usted con toda la soltura que yo para mí deseo. Y eso es un inconveniente.

Des antiguos suscritores.—¿Qué quieren ustedes? Á falta de pan, buenas son tortas. Y como el pan se ha acabado hace mucho tiempo...

Sr. D. F. G.—Valencia.—Se publicará.

Lo dejó.—Hombre, ahora está mejor. Mande usted la *beta*.

Correísmos.—Viejísimo el asunto y un poco... ¡por lastante desquidada la forma.

Atende.—Las suegras requieren una cosa, que las dejen en paz. Porque las han mureado tanto...

Sr. D. M. M.—Madrid.—Inocentitos

los cancheros.

Sr. D. A. C. G.—Madrid.—Y no puedo menos de decir de las pitronas lo mismo que he dicho de las suegras, poco más ó menos.

Sr. D. F. A.—Madrid.—Tiene ciertos pequeños defectos; por ejemplo, á lo mejor faltan sílabas ó no hay consonantes donde debe haberlas.

A. n. n.—El epigrama será gracioso cuando el verbo *ir* se escriba con *á*. ¿Que ya habrá nacido?

Atención.—No puedo aprovechar, con tanto dolor de mi operación, ninguno de esos *entremeses*.

Trasnochador.—Comarcala, eso no se puede decir en letras de molde.

Clara.—Malita me parece, y usted perdona la molestia.

Solá.—Tampoco me gusta.

Sr. D. J. L.—El Honiño.—No se ha renovado aún la suscripción á que plade. Por lo menos no consta en los libros. Si esto depende de alguna equivocación nuestra, avise y se corregirá enseguida.

Sr. D. V. F.—Madrid.—Pasadico de moda está el género.

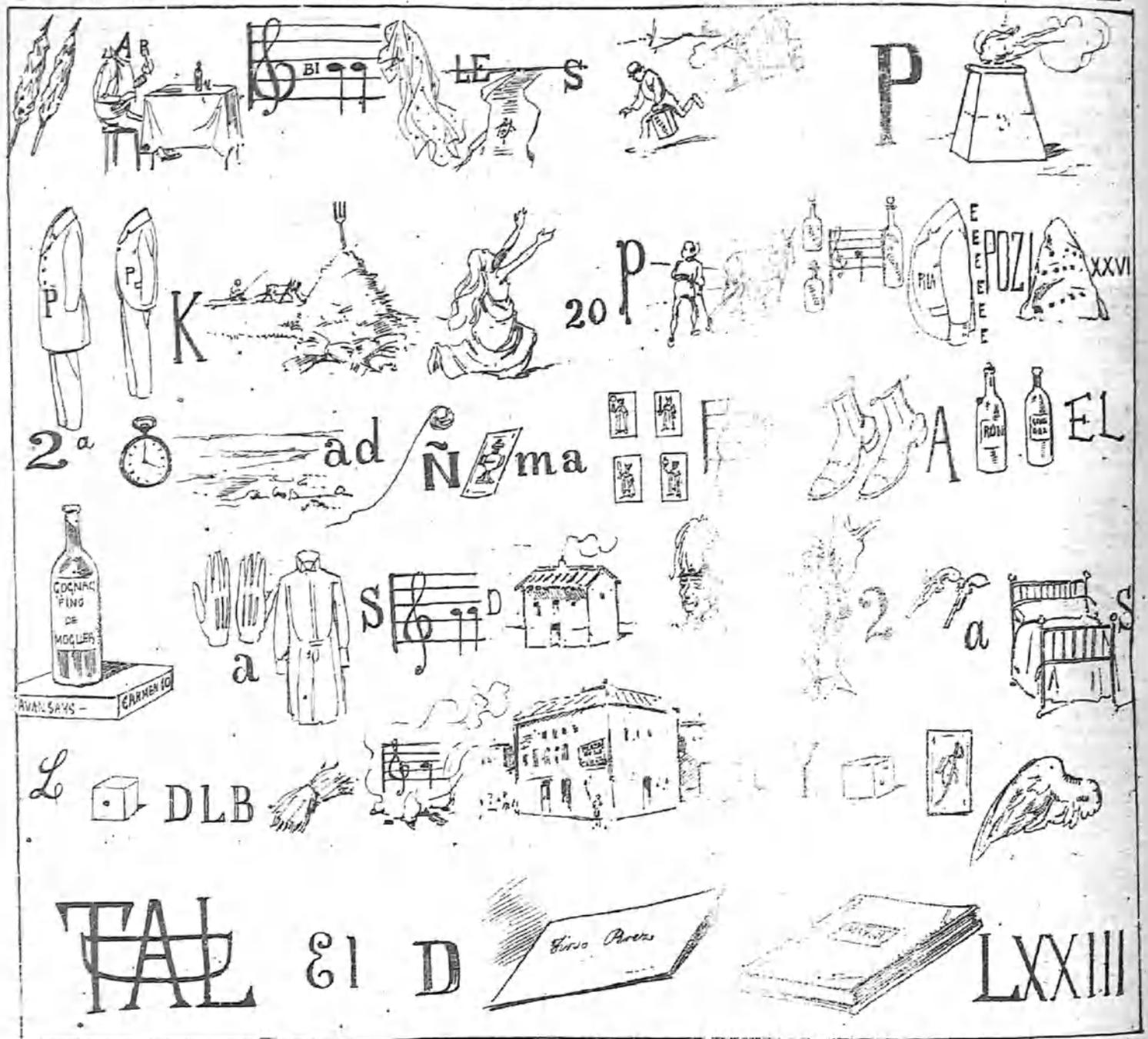
Intermedio.—No está mal hecha. Pero no está bien desarrollada el asunto.

MADRID, 1890.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.

Librería, 15 Encarnación, bajo.

ANUNCIOS

Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
 PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado; en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primeró derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPANIA COLONIAL
 TAPIOCA, TÉS
 50 EMPRESAS INDUSTRIALES
 DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID